

Violaciones y violencia sexual en la campaña de Alejandro

Rape and Sexual Violence in Alexander's Campaign

Borja Antela-Bernárdez
Universitat Autònoma de Barcelona
borja.antela@uab.cat

Resumen: El objetivo de este artículo es plantear un primer acercamiento a la cuestión de la violencia sexual y contra las mujeres durante la campaña macedonia de conquista de Asia (334-232 a.C.) y el reinado de Alejandro Magno (336-323 a.C.). Con el fin de paliar el avergonzante silencio sobre esta temática en la ingente historiografía sobre Alejandro se tratan dos cuestiones que segmentan el trabajo. En su primera parte se analiza el caso paradigmático de la relación de Alejandro con las mujeres de la familia de Darío III, a menudo empleado como ejemplo del comportamiento respetuoso de Alejandro con las cautivas. En la segunda parte, observamos, pese a la escasez de datos, los detalles sobre los casos concretos y generales que se mencionan en las fuentes de violencia contra las mujeres y violencia sexual contra las cautivas. Todo ello tiene como finalidad romper un silencio, y mantener la historia como campo de batalla contra las injusticias y las agresiones impunes.

Palabras clave: Alejandro Magno; Macedonia Argéada; mujeres; violencia sexual; violación.

Abstract: This article aims to offer a preliminary exploration of sexual violence and violence against women during the Macedonian campaign of conquest in Asia (334–232 BCE) and the reign of Alexander the Great (336–323 BCE). To address the troubling silence on this topic in the vast scholarship on Alexander, the article is structured around two main issues. The first part analyses Alexander's

relationship with the women of Darius III's family, which is often cited as an example of Alexander's respectful treatment of female captives. The second part, despite the scarcity of available sources, examines general and specific instances of violence against women and sexual violence against female captives. My goal is to break the silence and assert the role of history as a battleground against injustice and unpunished aggression.

Keywords: Alexander the Great; Argead Macedonia; women; sexual violence; rape.

Para citar este artículo: Borja ANTELA-BERNÁRDEZ: "Violaciones y violencia sexual en la campaña de Alejandro", *Revista Universitaria de Historia Militar*, Vol. 14, N° 28 (2025), pp. 34-50.

Recibido 19/06/2024

Aceptado 25/01/2025

Violaciones y violencia sexual en la campaña de Alejandro

Borja Antela-Bernárdez

Universitat Autònoma de Barcelona

borja.antela@uab.cat

Introducción

Uno de los tópicos más frecuentes en la tradición sobre la historia de Alejandro y la campaña macedonia de conquista de Asia, desde la Antigüedad hasta nuestros días, afirma reiteradamente el magnífico trato que Alejandro dispensó a las mujeres persas durante la conquista. Esta opinión general, defendida por todos los autores, queda muy bien ejemplificada en las palabras que el gran especialista (y muy crítico) en Alejandro A. B. Bosworth¹ dedicaba a la cuestión en su *Conquest and empire* (1988), una obra cuya influencia la ha convertido en referente indiscutible de la historiografía reciente:

Alexander meanwhile was enjoying the fruits of victory. Immediately after the battle he had annexed the Great King's baggage train, both at Issus and at Damascus. The treasure comprised more than 3000 talents, and there was a far more valuable acquisition than money. The princesses of the royal house, including Darius' wife Stateira and the queen mother Sisygambis, were captured in the camp to the rear of the Pinarus, and a distinguished group of noble ladies fell into Parmenion's hands at Damascus. All were treated with extreme deference and the princesses retained their Royal entourage and titulature. Alexander refused to ransom them, but kept them with him, terming Sisygambis his «mother» (as he had Ada in Caria) and promising dowries for Darius' daughters. In effect he took over Darius' role, and these royal ladies were an important factor in his claim to be the proper King of Asia. When Stateira died in 331, she was duly given a royal burial,

¹ Sobre Bosworth en el conjunto de la historiografía contemporánea sobre Alejandro, véase Borja Antela-Bernárdez, «Alexander and modern historiography: An introductory survey», en *Historiographical Alexander: Alexander the Great and the historians in the nineteenth and twentieth centuries*, ed. Borja Antela-Bernárdez y Marc Mendoza (Coimbra University Press, 2013), 18-19; Jaakkojuhani Peltonen, «Making Alexander 'Great' (or not so great) in Hammond's and Bosworth's scholarly biographies», en *Historiographical Alexander: Alexander the Great and the historians in the nineteenth and twentieth centuries*, ed. Borja Antela-Bernárdez y Marc Mendoza (Coimbra University Press, 2013), 141-160. Asimismo, resulta de gran interés leer al propio Bosworth en su trabajo sobre la problemática de ser un historiador contemporáneo de Alejandro: Albert Brian Bosworth, «The impossible dream: Tarn's Alexander in retrospect», *Karanos* 2 (2019): 77-95.

and, more significantly, when Alexander left the royal ladies in Susa, he gave instructions that they should be given an education in Greek (Diod. XVII.67. 1; Curt. V. 2.17). The transfer of royal power to the Macedonians could not be made clearer. The princesses were to learn the customs of their conquerors, and Alexander completed the process in 324 when he and his staff contracted formal marriages with them. But in 333 the war of revenge was still in process and marriage with a Persian princess was unthinkable.²

Existe curiosamente una gran cantidad de incoherencias en esta valoración de los hechos. Nótese en primer lugar que, si bien se celebra el buen trato dispensado a las mujeres de la familia real del enemigo capturadas por Alejandro tras su victoria en Issos, estas mujeres se consideran desde el mismo inicio del párrafo de Bosworth como parte del botín y del disfrute del triunfo. Asimismo, se señala que Alejandro no quiso pedir rescate (volveremos sobre esto más adelante) ni tampoco agredió física o sexualmente a estas mujeres de la realeza persa, sino que mantuvo su estatus y las respetó al decidir no casarse con ellas —aunque en realidad sí acabó casándose, en el momento adecuado (y no cuando sucede la captura)—, al mismo tiempo que señala que algunas de entre estas mujeres capturadas, como es el caso de Barsine,³ sí fueron forzadas a mantener relaciones sexuales.⁴ Vale la pena señalar aquí que, a la mayoría de los nobles capturados,⁵ Alejandro les mantuvo el estatus (a menos que fuesen ejecutados), por lo que el hecho de esperar que hiciese lo mismo con las mujeres nobles sería lo adecuado, y no habría de motivar la excepcionalidad ni la concesión de mérito alguno a Alejandro y los suyos (algo que no solo es excepcional, sino que es además falso, como demuestra el caso mismo de Barsine).

Esta percepción de Bosworth es la habitual en el resto de autores.⁶ Pese al reconocimiento de su enorme novedad y profunda capacidad de análisis en los hechos sobre

² Albert Brian Bosworth, *Conquest and empire: The reign of Alexander the Great* (Cambridge University Press, 1988), 59.

³ Sobre Barsine, véase Waldemar Heckel, *Who's who in the age of Alexander* (Oxford University Press, 2006), 70.

⁴ De hecho, algunas fuentes señalan que Estatira, esposa de Darío III, murió por complicaciones de parto o a causa de un aborto, demasiado tiempo después de la batalla de Issos (cuando Estatira fue capturada) para que el feto hubiese sido hijo de su marido Darío III. Esto nos lleva al hecho de que realmente Alejandro sí debió tener relaciones sexuales con ella y, por tanto, toda la historia del respeto físico y sexual a las cautivas de la familia real de Darío por Alejandro es pura propaganda. Sobre las fuentes, véase Just. 11.12.6; Plu. *Alex.* 30.1; Heckel, *Who's who in the age of Alexander*, 256.

⁵ Existió una enorme diferencia social del impacto de la campaña: Borja Antela-Bernárdez, «La campaña de Alejandro: Esclavismo y dependencia en el espacio de conquista», en *Los espacios de la esclavitud y la dependencia desde la antigüedad*, ed. Alejandra Beltrán, Inés Sastre y Miriam Valdés (Presses Universitaires de Franche-Comté, 2015), 281-296; Borja Antela-Bernárdez, «Maldito oro: Riqueza, reparto y miseria de los beneficios de las conquistas de Alejandro», *Revista Universitaria de Historia Militar* 19 (2020): 15-35.

⁶ He desarrollado en detalle el aparato historiográfico sobre esta cuestión en Borja Antela-Bernárdez, *Alexander the Great in love* (L'Erma di Bretschneider, 2025).

Alejandro, los términos de su estudio en este tema concreto simplemente se hacen eco de una tradición que valida de forma acrítica el juicio de las fuentes, exponiendo el episodio mediante simples paráfrasis de los textos antiguos. El inicio de esta tradición en la historiografía académica puede rastrearse, cómo no, hasta el mismo Droysen, quien en el primer *Alejandro* científico⁷ escribe:

Aside from the opulence of the camp and the Persian grandees' magnificent weapons, the booty they took was not important money or money-value, since the treasury, the field kit, and the court furnishings of the king and the satraps had been dispatched to Dasmaskos. But the queen mother Sisygambis, Dareios's wife, and her children fell to the victor along with the camp, in the confusion. As Alexander, back from chasing Dareios, took his evening meal in the Great King's tent among his officers, nearby and, having inquired, was told that it was the royal women, who had seen Darios' chariot, bow, and king's mantle being carried through the camp in triumph and thought that he was dead. Alexander immediately sent Leonatos, one of the companions, to assure them that Darios was alive, that they had nothing to fear, that he was neither their personal enemy nor Dareios's, that this was an honorable for possession of Asia and he would respect their rank and their misfortune. He kept his word: not only were they spared, as becomes respected as they had been accustomed in happier days; they were waited on as Persian protocol required. Alexander wanted to see them treated, not as prisoners of war, but as queens; he wanted to see the majesty of royal rank placed above the differences of Greek and barbarian.⁸

Ciertamente, el tema de las mujeres en la campaña de Alejandro, y en especial las cuestiones de las cautivas y la violencia, ha recibido un desdén y desinterés por parte de la tradición historiográfica de estudios sobre Alejandro Magno.⁹ Los autores en su mayor parte han realizado para estos temas descripciones sencillas, que son transcripciones

⁷ Sobre Droysen, véase Antela-Bernárdez, «Alexander and modern historiography», 14-15, con bibliografía.

⁸ Johan Gustav Droysen, *History of Alexander the Great* (American Philosophical Society, 2012), 160.

⁹ Me parece notable señalar para un análisis como el nuestro lo que puede llegar a revelar una búsqueda de términos en algunas obras. Por ejemplo, en su *Conquest and empire*, obra de absoluta referencia en su momento y hasta nuestros días, si bien Bosworth utiliza el término «violación» en diferentes ocasiones (Bosworth, *Conquest and Empire*, s. v. «violation»: 45, 122, 162, 163, 182, 208, 211, 234; «rape»: 79), no hace referencia en su libro a la realidad de las violaciones sexuales. De ello se desliga que, en la expresión escrita de Bosworth, son violables las leyes, las ciudades —«Most Persians had not been affected by the rape of their capital» (79)—, los monumentos funerarios, los acuerdos y la paz, la autonomía, la soberanía, incluso la dignidad personal —«*Proskynesis* (in the sense of abasement) was a violation of their personal dignity» (234)—, etc., pero no las personas, en especial las mujeres, que en realidad sí fueron violadas. Tan solo en una ocasión a lo largo de toda la obra se menciona este tipo de agresión sexual, en relación con los desmanes de ciertos gobernantes para con la población civil en ausencia de Alejandro: «His [Alejandro] displeasure was already known or guessed, for a number of aggrieved notables had travelled down from Media with them and brought accusations of gross misconduct, including sacrilege and rape» (117).

literales, y acríticas, de los relatos de las fuentes, desprovistas de detalle y análisis.¹⁰ Con el fin de romper este silencio, nos dedicaremos en las próximas páginas a analizar el episodio de las mujeres persas de la familia de Darío con Alejandro, para después observar los ejemplos de violencia sexual que conocemos en el resto de la campaña macedonia.

Alejandro y el respeto a las cautivas persas: periplo por un mito historiográfico

Una tradición recogida en las fuentes menciona a Roxana como la mujer más bella de Asia.¹¹ Parece como si este estatus de *mujer más bella de Asia* fuese una especie de *ranking* que sirve para catalogar jerárquicamente a las mujeres (en especial a las cautivas, las mujeres capturadas). Asimismo, las fuentes recogen que, antes de Roxana (la que será la esposa más famosa de Alejandro), el primer lugar de esta dudosa clasificación habría sido para Estatira (la esposa de Darío capturada por Alejandro tras su victoria en la batalla de Issos),¹² quien, una vez fallecida,¹³ fue sucedida por Roxana. Podríamos considerar esta afirmación de la belleza (de Estatira primero y de Roxana después) como un rasgo asociado a los atributos de la reina en el Próximo Oriente o entre los Aqueménidas.¹⁴ Ateneo menciona la misma asimilación en el caso de Odatis y Zariadres.¹⁵ De esta manera, esa belleza asociada al monarca supondría un elemento más de la imaginaria del poder, y seguramente estaría asociado con la percepción del rey como alguien cercano a la divinidad o estimado por los dioses. De hecho, la *καλοκαγαθία*, de difícil traducción por su amplitud semántica,¹⁶ era una forma de expresar esa concepción tradicional de la relación entre belleza y nobleza, profundamente vinculada a la aristocracia y con una larga tradición en la cultura griega. Por otra parte, es posible que, dentro

¹⁰ Sobre la atención a la historiografía sobre las mujeres alrededor de Alejandro, en trabajos anteriores he podido observar ciertas tendencias: Borja Antela-Bernárdez, «World is not enough: Alexander the Great in Sogdiana: A study in historiography», en *Central Asia in antiquity: Interdisciplinary approaches*, ed. Borja Antela-Bernárdez y Jordi Vidal (British Archaeological Reports, 2014), 77-84; Borja Antela-Bernárdez, *Apoloía de Olimpia del Épiro* (Ediciones Clásicas, 2020). Sobre ellos he profundizado finalmente en Antela-Bernárdez, *Alexander the Great in love*. Por otra parte, sobre las mujeres en el contexto histórico de la campaña de Alejandro vale la pena revisar el trabajo de Clàudia Zaragozà, «Las mujeres de Alejandro: Estudio de las figuras femeninas alrededor de la vida del conquistador macedonio» (tesis doctoral, Universitat Autònoma de Barcelona, 2017).

¹¹ Arriano describe a Roxana como la mujer más bella de Asia después de Estatira (ἦν δὲ καλλίστην τῶν Ἀσιανῶν γυναικῶν λέγουσιν ὁφθῆναι οἱ ξὺν Ἀλεξάνδρῳ στρατεύσαντες μετὰ γε τὴν Δαρείου γυναῖκα). En términos muy similares recoge la misma idea Plutarco (καίτοι λέγεται γε τὴν Δαρείου γυναῖκα πολὺ πασῶν τῶν βασιλίδων εὐπρεπεστάτην γενέσθαι). Curcio recoge la misma tradición (*coniugem eiusdem, quam nulla aetatis suae pulchritudine corporis vicit*) e igualmente menciona su belleza en 3.11.24 (*haec formae pulchritudine ne illa quidem sorte corruptae*) y 4.10.24 (*pulchritudinem formae*).

¹² Heckel, *Who's who in the age of Alexander*, 255-256, s. v. Stateira [1].

¹³ Heckel, 256.

¹⁴ De hecho, Plutarco señala que Estatira es la mujer más bella de Asia del mismo modo que Darío era el hombre más guapo: Plu. *Alex.* 21.3.

¹⁵ Ath. 13.575b.

¹⁶ El *Lexicon* de Liddell y Scott traduce como «the character and conduct of a καλὸς καγαθός, nobleness, goodness».

de este marco conceptual que parecen reflejar nuestras fuentes, el rey deba, en cierto modo, estar casado con la mujer más bella. Mucho podría decirse de por qué Alejandro no se casó con la esposa de Darío, pero seguramente el hecho de su muerte (por causas poco claras relacionadas con un embarazo) supuso una circunstancia que evitó cualquier intento inicial de Alejandro de establecer un enlace matrimonial con ella. No sabemos qué hubiese sucedido si Estatira hubiese sobrevivido más tiempo. En cualquier caso, tanto Alejandro como nuestras fuentes parecen sustituir a Estatira por Roxana.

Para la afirmación de la «mujer más bella de Asia», Plutarco emplea el vocablo εὐπρεπεστάτην, superlativo de εὐπρεπής, *good looking*, y la belleza es el terreno de Afrodita,¹⁷ quien habría sido también la responsable, a partir del juicio de las diosas, del regalo de Helena a Paris. Es bien sabido el marco recurrente de la revisión del personaje de Helena durante el siglo IV a. C.¹⁸ Asimismo, Alejandro explotó a conciencia el referente de la guerra de Troya, como ejemplifica la *imitatio* a Aquiles.¹⁹ Su obsesión con Homero y la *Ilíada* ha sido también muy estudiada, y la famosa anécdota que le hace preferir ser el Tersites de Homero que el Aquiles de un mal poeta es, ciertamente, prueba suficiente de todo ello. Notable resulta además que, de entre todos los personajes de la *Ilíada*, Alejandro decida mencionar a Tersites, quien está definido como personaje sobre todo por su carencia de belleza y, por tanto, por su distancia para con el favor de Afrodita, la diosa de lo bello. En cualquier caso, la caracterización de las dos mujeres asiáticas, Estatira y Roxana, como las *mujeres más bellas de Asia* no puede sino remitir al auditorio griego al ejemplo de Helena, la *mujer más bella*. La asociación de Helena con la belleza, con la quintaesencia de lo bello, es consustancial a la tradición griega, como puede observarse claramente en el famosísimo poema de Safo en añoranza a Anactoria, donde el acento sobre lo bello y Helena tienen que ver, en realidad, con el amor de aquella. Por otra parte, esa descripción de la grandeza de Helena por su belleza aparece referida de forma explícita en Isócrates.²⁰ De especial interés resulta el valor que Isócrates otorga a esta belleza como sumun de lo venerable.²¹ No podemos olvidar que esta belleza inigualable de Helena es la que la convierte en regalo de Afrodita a Paris en el juicio de las diosas, que Isócrates también recoge.²² No obstante, esta belleza excepcional

¹⁷ Uno de los conceptos sobre el asalto sexual en la antigüedad consideraba las violaciones como una esfera de unión de los amantes divinos Afrodita y Ares, o Venus y Marte: Borja Antela-Bernárdez, «Vencidas, violadas, vendidas: Mujeres griegas y violencia sexual en asedios romanos», *Klio* 90 (2008): 315-316.

¹⁸ El personaje de Helena tuvo en el contexto cultural griego del s. IV. a.C. una importancia capital. Los discursos en defensa de Helena de Gorgias e Isócrates ponen el acento en una lectura claramente panhelénica: Borja Antela-Bernárdez, «Hegemonía y panhelenismo: Conceptos políticos en tiempos de Filipo y Alejandro», *DHA* 33 (2007): 69-89.

¹⁹ Véase Borja Antela-Bernárdez, «Alejandro Magno o la demostración de la divinidad», *Faventia* 29 (2007): 89-103.

²⁰ Isocr. 10.14.

²¹ Isocr. 10.54. Una idea similar se expresa también en Isocr. 10.16.

²² Isocr. 10.42.

comparte con el carácter de lo divino un esplendor que no debe ser contemplado por los hombres.

En las fuentes podemos entrever un enorme impacto en la mirada para aquellos que ponen sus ojos sobre la belleza. En el caso de Estatira, Curcio afirma que el ejército al completo se sentía atraído a mirarla a ella y a la reina madre Sisigambis.²³ La causa de la atracción visual es la belleza de Estatira, pero no me parece casual que Sisigambis, madre de Darío (de quien hemos visto también que se le atribuye gran belleza) y reina madre, sea también objeto de esta descripción específica: que atrae las miradas.²⁴ Curcio, justo después de mencionar el encuentro entre Alejandro y Roxana, relaciona el episodio con el encuentro con Estatira:

Y así Alejandro, que a la esposa de Darío y a sus dos jóvenes hijas —que en hermosura no sufría la comparación con ninguna más que con Roxana— no las había contemplado más que con sentimiento de padre, ahora había venido a enamorarse de una chiquilla. (Curt. 8.4.25)

El más interesante y detallado de los relatos, para nuestro propósito, es el de Plutarco, cuando explica cómo se respetó a Estatira y Sisigambis:

Si de palabra se mostró afable y honesto con las mujeres, mucho más humanitarios resultaron sus hechos, pues les autorizó a dar sepultura a cuantos persas quisieran, usando vestidos y ornamentos tomados del botín.²⁵ (Plu. *Alex.* 21.3; Guzmán Guerra 1986, trad.)

Notable resulta el uso del término ὄρατος ‘invisible’ para referirse a las mujeres. Si bien la justificación de los autores tiene que ver con la protección de estas mujeres, para alejarlas de miradas desagradables y quizás del deseo de los hombres, lo cierto es que Plutarco añade un poco más de información a continuación:

Respecto a las otras cautivas, al verlas Alejandro tan destacadas en su buen porte, dijo en tono de broma «Las persas son un tormento para nuestros ojos». Pero

²³ Curt. 3.11.24: *ed omnium oculos animosque in semet averterant captivae mater coniuxque Darei: illa non maiestate solum, sed etiam aetate venerabilis, haec formae pulchritudine ne illa quidem sorte corruptae.*

²⁴ También en el encuentro (y la atracción inmediata) con Roxana parece que el amor entra por los ojos. Así lo recoge Plutarco (*Alex.* 47.3). Y de un modo similar se expresa Curcio (Curt. 8.4.24). Arriano también recoge el enamoramiento como un flechazo a primera vista (Arr. *An.* 4.19.5).

²⁵ Me parece interesantísimo este pasaje, pues expone claramente que no todos los persas recibirían la debida y piadosa sepultura (en este caso, sólo aquellos que las mujeres familiares de Darío solicitasen que fuesen enterrados) y que los ornamentos y vestidos que se les ofrecen forman parte del botín: no se tiene en cuenta si estos vestidos habían sido originalmente de su propiedad y expoliados por los vencedores. De ambos detalles se extrae la crudísima realidad bajo el manto de la galantería y el embellecimiento de los actos por las fuentes.

oponiendo al aspecto de aquéllas la belleza de su propio control y templanza, pasaba de largo ante ellas como ante imágenes de estatuas sin vida. (Plu. *Alex.* 21.5; Guzmán Guerra 1986, trad.).

Interesantísima y significativa resulta esta idea recogida por Plutarco de que Alejandro considera la belleza de las mujeres persas como dolorosa para los ojos. No parece, pues, que la intención de apartar a estas mujeres de la vista (hacerlas invisibles: ὄρατος) tenga como objetivo protegerlas a ellas, tal y como han acentuado los autores sobre Alejandro a lo largo de los siglos, sino proteger en realidad a los hombres del ejército, incluyendo al mismo Alejandro, del peligro que supone para ellos la belleza de unas mujeres que están, cautivas y prisioneras, a la completa merced de los vencedores.

Quizás lo más revelador sea, no obstante, que este no es el único pasaje en nuestras fuentes en que persas y macedonios hablan de mujeres que por su belleza son dolorosas a la vista. En su descripción del banquete que el rey macedonio Amintas había organizado para los embajadores persas de Darío, los persas solicitan la presencia de mujeres. Amintas obedece:

Estos [los persas], entonces, al contemplar la hermosura de las mujeres, se dirigieron a Amintas diciéndole que semejante proceder carecía de toda lógica, pues mejor hubiera sido que, de buenas a primeras, las mujeres hubiesen excusado su asistencia, antes que acudir y, en vez de sentarse a su lado, hacerlo frente a ellos para tormento de sus ojos. (Hdt. 5.18.4; Schrader 1981, trad.)

No parece fácil discernir si esta idea de las mujeres y su impacto ante los ojos es propiamente persa o macedonia. No obstante, una serie de episodios en nuestras fuentes sobre hombres espiando a mujeres bellas nos revela algunas ideas sobre las que reflexionar. Es el caso, por ejemplo, de Olímpíade del Épiro, espiada por su marido Filipo cuando, según Plutarco, ella yacía con la serpiente dios Amón (Plu. *Alex.* 2.4-3.2). De un modo muy similar, la historia de Filipo espiando a su esposa me recuerda siempre a Gíges y la esposa de Candaules (que quizás se llamaba Nyssia), recogida por Heródoto (Hdt. 1.7-11). De nuevo, los ojos de los hombres y el peligro de ver aquello que no deben ver de las mujeres. Esta percepción cultural parece, pues, claramente relacionada con los macedonios, pues los reyes Argéadas se consideraban descendientes de Gíges.

Ver aquello que no debe ser visto de algunas mujeres supone un duro castigo para el hombre.²⁶ Seguro que Alejandro y su entorno tenían muy presente esta circunstancia

²⁶ Véase el brillante y tremendamente inspirador trabajo de Marta Segarra, *Teoría de los cuerpos agujereados* (Melusina, 2014), esp. 76.

ante las mujeres de Darío.²⁷ No obstante, más allá del riesgo que supone mirar a ciertas mujeres, parece necesario notar aquí además que Nyssia, como Estatira y luego Roxana, es considerada como la mujer más bella del mundo. La coincidencia de buen seguro no es casual. A partir de esta percepción cultural, la reacción de Alejandro ante Estatira adquiere otros sentidos. El autodomínio de Alejandro, tan celebrado (desde el mismo Arriano hasta nuestros días),²⁸ es en realidad producto de un miedo a la belleza extrema y, por tanto, el tan argumentado cuidado con que Alejandro trató a estas cautivas reales persas no tiene como objetivo a ellas, sino a sí mismo y a sus propios soldados.²⁹

Agresión sexual y violaciones durante la campaña macedonia

Si bien, como hemos visto, las fuentes y los autores de nuestro tiempo han celebrado habitualmente la generosidad de Alejandro con las cautivas a partir del caso de las mujeres de la familia del Gran Rey Darío III, lo cierto es que el trato para con estas es más bien una excepción que no la norma general. De hecho, cuando estas fueron capturadas tras Issos, en Damasco cayeron también prisioneras las mujeres de muchos nobles y oficiales persas. Según Curcio, estaban en compañía de las mujeres de la familia de Darío III:

Las rodeaba, de pie, una ingente muchedumbre de mujeres nobles que, mesándose los cabellos y rasgándose las vestiduras, sin acordarse de su dignidad pasada, las llamaban «reinas» y «señoras», nombres que en otro tiempo eran apropiados, pero que ahora estaban fuera de lugar. (Curt. 3.11.25)

La escena está llena de auténtico dramatismo, y cualquier ser humano con la mínima empatía podría entender en la lectura de Curcio el dolor de estas mujeres. Así relata al menos la captura de aquellas que se encontraban en el campamento de Darío tras Issos, cuando llegaron los soldados macedonios, hambrientos de botín:

Y ya les había tocado el turno a las mujeres a las que les arrancaban sus joyas con tanta violencia cuanto que es mayor el cariño que las mujeres sienten por ellas. La violenta sensualidad no perdonaba ni siquiera el ataque físico. Todo el

²⁷ Sabemos del lugar que Heródoto ocupaba en los conocimientos del rey macedonio: Antonio Ignacio Molina Marín, «Alexander the Reader: Herodotus and the royal house of Macedonia», en *The impact of Alexander's conquest: Subjects, conquered and chroniclers*, ed. Marc Mendoza y Borja Antela-Bernárdez (Ediciones de la Universidad de Alcalá, 2022), 161-174.

²⁸ Arr. An. 4.19.5.

²⁹ Es posible que exista una relación entre este miedo a las consecuencias de contemplar la belleza extrema y el mito de Medusa: Antela-Bernárdez, *Alexander the Great in love*. Agradezco mucho a Mario Agudo haber llamado mi atención sobre este particular.

campamento resonaba de llantos y de griterío, según había sido la suerte de cada uno, y todo tipo de desgracias tenía en él su asiento, al extenderse por todas las clases y edades el cruel desenfreno del vencedor. (Curt. 3.11.21)

Junto con estas fueron capturadas a los pocos días muchas otras mujeres en Damasco:

En efecto, el sátrapa [de Damasco], a fin de conseguir una recompensa mayor por su traición, se disponía a poner en manos del enemigo un botín más codiciado que cualquier tipo de riqueza: los nobles, las esposas y los hijos de los generales de Darío y, además, los embajadores de las ciudades griegas, a los que Darío había dejado, como si se tratara de la ciudad más protegida, en manos del traidor. (Curt. 3.13.6)

Ya se había dado alcance a los que habían sido los primeros en huir, la mayor parte mujeres que llevaban de la mano a sus hijos pequeños [...]: Prácticamente las familias de todos los dignatarios fueron víctimas de tan gran desgracia. (Curt. 13.14)

El destino de la mayoría de estas mujeres de la aristocracia persa está poco claro, pero al menos sabemos, una vez más por Curcio, sobre la intención macedonia de usarlas como rehenes para la obtención de rescate y riqueza:

Finalmente, Parmenión dijo que ya con anterioridad había aconsejado el devolver a los cautivos de Damasco a trueque de un rescate ya que se podía obtener una gran cantidad de dinero a cambio de prisioneros que, al ser muchos, tenían paralizado a un gran contingente de soldados aguerridos. Y en las presentes circunstancias su decidida opinión era que se cambiaran por 30 000 talentos de oro una anciana y dos niñas que en realidad no constituían más que un estorbo en el camino y en la marcha del ejército. (Curt. 4.11.11-12).

Cabe señalar aquí que las mujeres de la aristocracia eran consideradas cautivas, pero al menos mantenían la vida y la libertad, tanto por la intención de obtener rescate como por la posibilidad de utilizarlas políticamente, como sucedió con Roxana (sobre quien el mismo Curcio alaba a Alejandro por no haberla tratado como una cautiva, a placer, sino con respeto haciéndola su esposa, en una clara jugada de alianza estratégica para pacificar el territorio).³⁰ No obstante, es posible que ni el rescate las hubiese librado de la violencia física y sexual, que de hecho ya menciona la fuente explícitamente en su relato: «la violenta sensualidad no perdonaba ni siquiera el ataque físico». En este sentido, el

³⁰ Curt. 3.11.21. El texto latino (*Iamque ad feminas perventum erat, quibus quo cariora ornamenta sunt, violentius detrahebantur: ne corporibus quidem vis ac libido parcebat*) no deja tantas dudas como la traducción sobre los actos de violencia sexual y las violaciones contra estas mujeres.

más famoso ejemplo de estas realidades es el de Timoclea, violada durante el asedio de Tebas.³¹ El episodio aparece tanto en Plutarco como en Polieno:

Entre otros muchos sufrimientos y aflicciones penosas que la ciudad de Tebas tuvo que soportar, sucedió que nos tracios penetraron en casa de Timoclea, mujer de reputación muy sensata, y le arrebataron sus bienes; su jefe, después de violarla y vejlarla, le preguntó si guardaba en algún lugar oro o plata. Ella admitió que tenía alguno, y conduciéndole a él solo al huerto y enseñándole un pozo le dijo que mientras era tomada la ciudad había echado al pozo sus mejores joyas. Inclinandose el tracio para examinar el sitio, la mujer, situada detrás, le empujó y arrojando muchas piedras encima le dio muerte. Al ser conducida ante Alejandro por los tracios maniatada, desde un principio le pareció por su aspecto y porte una persona noble y animosa, pues seguía sin temor y tranquilidad a quienes la conducían. A continuación, habiéndole preguntado el rey quién era la mujer, le contestó haber sido hermana de Teágenes, el que se había enfrentado a Filipo en defensa de la libertad de los griegos y había muerto como general en Queronea. (Plu. *Alex.* 12; Guzmán Guerra 1986, trad.)

Alejandro arrasó Tebas. Otros saqueaban distintas partes de la ciudad, pero un hiparco tracio ocupó la casa de Timoclía. Después de la cena, este tracio invitó a Timoclía a la cama, y no solo esto, sino que intentaba obligarla a confesar si tenía escondidos en algún sitio oro y plata. Ella le dijo que tenía mucha plata y oro en collares, pulseras, copas y monedas, pero que al ser tomada la ciudad las había arrojado todas a un pozo sin agua. El tracio la creyó y ella le condujo al huerto de la casa donde estaba el pozo, y le invitó a que bajara. Él, habiendo bajado, buscaba la plata y el oro, y ella desde arriba, con la ayuda de las criadas, le arrojó piedras y cantos y sepultó al bárbaro. Los macedonios, la apresaron y la llevaron ante el rey Alejandro. Y al confesar ella que se defendió del tracio que contra todo derecho trataba de violarla, Alejandro, admirado, la dejó libre a ella y a todos los de su familia. (Polyaen. 8.40; Martín García 1991, trad.)

El relato de las fuentes supone un buen repaso de las realidades que debían enfrentar las mujeres ante los ataques a ciudades (o incluso, como en el caso de Damasco o Issos, de las batallas). El texto de Plutarco parece restar importancia a la acción misma de la agresión sexual, y su atención principal y el motivo auténtico de la preocupación del autor en torno a los hechos sufridos por Timoclea tienen más que ver, de hecho, con las propiedades en peligro (el oro y la plata). Quizás ello evidencia, más que cualquier otro

³¹ El episodio ha recibido eco incluso en la historia del arte, siendo retratado, por ejemplo, por Domenichino (1615), M. Merian (1629), Elisabetta Sirani (1659) o J. C. Nicaise Perrin (1782), entre muchos otros.

elemento, el carácter netamente masculino de esta percepción y, por tanto, la ausencia total de percepción sobre el riesgo de violencia sexual y de temor hacia ello, por parte del hombre que escribió este texto, y de los hombres que recogieron esta tradición antes que él.

En el caso de Polieno, sin embargo, el honor de Timoclea tiene mayor peso, a juzgar por el modo en que el autor trata de exponer los hechos para que esta consiga defenderse, y acentuar esta defensa ante la violación. En la mentalidad de los antiguos (como en la de nuestros tiempos, por desgracia, a juzgar por las sentencias y los argumentos de abogados defensores en casos de violación y agresión sexual), la resistencia de la víctima consagra su honor, si consigue salir indemne. Por otra parte, el episodio, tal y como es expuesto por ambas fuentes (aunque en mayor medida por Plutarco), supone un magnífico resumen de los elementos en juego en la vivencia misma de situaciones de este calibre (y del modo en que las narraciones sobre ella se construían): podemos observar tanto los aspectos de carácter social y la diferencia misma entre mujeres nobles («persona noble y animosa», dice Plutarco para describir a Timoclea) como que el respeto que recibe la víctima tiene más que ver con sus respectivos tutores y familiares masculinos que con ella misma (como evidencia el vínculo con Teágenes, quien además es, de hecho, un enemigo «honorable» de los macedonios Filipo II y Alejandro). Por último, el detalle final en esta construcción retórica es interesante: los violadores no son griegos, sino tracios. La alteridad más refinada cumple aquí su función.

Asimismo, el relato vuelve a ser útil a los antiguos y a la tradición para exonerar a Alejandro de cualquier responsabilidad, al tiempo que le celebra una vez más como un *filógino* y como un galante caballero al servicio de la justicia y la defensa de las mujeres. Una vez más, los relatos de guerra y violencia (también contra las mujeres) en la Antigüedad han sido siempre narrativas masculinas, desde Plutarco hasta, como hemos visto, Bosworth y nuestros días.³² Me pregunto hasta qué punto esto no es, sino, un ingrediente más, uno fundamental, en la construcción del relato público y colectivo, cultural, de la masculinidad, un relato en que las víctimas son sencillamente *attrezzo* de un escenario cuyo foco nunca abandona al hombre protagonista.

Así, en el caso que ahora analizamos del asedio de Tebas, si bien el parámetro de clase sigue siendo fundamental (pues Timoclea no es una mujer cualquiera, sino que, como bien informan las fuentes, los hombres de su familia eran personajes respetados), tras este telón se esconde que el respeto que Alejandro muestra ante la víctima, e incluso la víctima en sí, son parte y resultado de los hombres a los que están asociados.³³ Por ello, con Timoclea sucede lo que con Andrómaca: la mujer capturada era concebida

³² Para un análisis sobre guerra, género y narrativas masculinas en el Próximo Oriente, véase Patricia Bou, «Mujeres, guerra y narrativas masculinas en el Próximo Oriente», en *Las mujeres en la antigua Asia Occidental*, ed. Agnes García y Josué Justel (Ediciones de la Universidad de Sevilla, en prensa).

³³ Heckel, *Who's who in the age of Alexander*, 267: su hermano Teágenes había sido uno de los generales tebanos caído en Queronea.

como prolongación de los hombres de su familia, en relación con el concepto de *axioma*.³⁴ Asimismo, puesto que su casa es invadida por los soldados, que buscan riquezas, su cuerpo no es el único recurso explotable, por lo que, al tratar de obtener también las joyas de Timoclea, los asaltantes son castigados por su codicia más que por su lujuria. Lo más interesante del episodio es, precisamente, su excepcionalidad. De hecho, como sabemos, este es el carácter mismo de la historia como género de los autores antiguos, que en sus historias pretenden recoger aquello que merece ser recordado.³⁵ Timoclea es una excepción por razones varias: en primer lugar, porque se resiste, y sobrevive; y en segundo lugar, porque el poder la exime de responsabilidad en su defensa contra los soldados. No obstante, si su caso es una excepción, debemos penosamente considerar cuántas otras fueron violadas en el mismo contexto de Tebas (y en tantos otros) sin que tengamos noticia de ellas, fuera porque no eran de familia socialmente valiosa, fuera porque no se resistieron, no sobrevivieron o incluso porque el poder no se mostró con aquella clemencia que, en suma, es el rasgo que define el episodio. Timoclea, salvada de sus agresores por Alejandro, sirve como demostración de la clemencia y del justo gobierno de este como soberano. Su sufrimiento es, probablemente, un aderezo para la imaginación cortesana de los lectores, sin mayor repercusión en la reflexión histórica sobre los horrores que provocaron Alejandro y sus hombres. Como hemos visto ya, esta ausencia de repercusión sigue siendo la tónica en las historias supuestamente críticas, supuestamente científicas, sobre el rey macedonio, en nuestros días.

Lo cierto es que, salvando algunas referencias explícitas como esta, los autores antiguos no solían mencionar demasiado las agresiones sexuales de las víctimas de guerra, porque ello era cosa conocida, frecuente, normalizada, y no tenía nada de excepcional, y la historia como género pretendía en sí explicar lo excepcional, los sucesos extraordinarios *que merecían recuerdo*.³⁶ Ello implica que la labor de rastrear estas violencias sexuales sea, en sí, increíblemente difícil de demostrar mediante las fuentes. Si juzgamos por este razonamiento, es posible que, cuando se explicitan situaciones como la que hemos visto en Damasco, estas se traten en realidad de auténticamente excepcionales en su violencia y dimensión, por lo que son noticiables. Esto nos debería dar además una idea del tremendo horror que pudieron suponer al romper con aquello habitual en la guerra antigua. De hecho, en la campaña macedonia, y en las acciones derivadas de la victoria, el marco cultural que debió regir el contexto conceptual debió ser, para los macedonios, el de la poética homérica, y en especial de la *Ilíada*, con sus episodios de botín y, para las mujeres, de cautivas.

³⁴ Antela-Bernárdez, «Vencidas, violadas, vendidas», 309.

³⁵ X. HG 4.8.1. Sobre la historia como género y «lo que merece ser recordado», véase mi *Historia Viva: Historia para vivir* (Universitat Oberta de Catalunya, 2019), en especial el apéndice «Safo contra Herodoto».

³⁶ Sobre esta problemática, e incluso sobre el concepto mismo de violencia sexual en la cultura griega antigua, véase Antela-Bernárdez, «Vencidas, violadas, vendidas», 310-312.

Por otra parte, debemos recordar que existió en todo momento no solo una división sexual de la derrota (los hombres eran hechos prisioneros o ejecutados, las mujeres violadas, esclavizadas y vendidas), sino también una división social de esta diferencia. En el relato sobre Damasco, Curcio se refiere solo a aquellas mujeres de la aristocracia que fueron capturadas y que previsiblemente podrían en algún momento ser motivo de un beneficio (botín, matrimonio político...). Frente a estas, a las que a veces conocemos incluso por sus nombres (aunque más frecuentemente por el de sus padres o maridos), hubo incontables anónimas que sufrieron con mayor dureza la *gloriosa* victoria del gran Alejandro. No fue un caso aislado, sino probablemente la norma. Una de las acusaciones contra Harpalo, precisamente, fue la de abusar de mujeres bárbaras.³⁷ Pese a los silencios de las fuentes, cabe preguntarse si estos abusos de Harpalo, claramente sexuales, fueron una excepción o más bien la norma de los conquistadores, tanto entre los aristócratas y oficiales (caso de Harpalo) como entre los soldados rasos. Señala Diodoro:

Como de los soldados macedonios y las mujeres prisioneras había habido hijos varones, Alejandro hizo que se calcularan exactamente el número de estos, y a pesar de que eran casi diez mil, el rey les asignó a todos la dote necesaria para poder ser educados como hombres libres y les confió unos instructores para que les dieran una educación adecuada. (D.S. 17.110.3; Guzmán Guerra 1986, trad.).

De esta información, bien conocida, se extraen muchísimos detalles y reflexiones. En primer lugar, la evidencia de unas relaciones sexuales entre macedonios y prisioneras, que dudosamente debieron ser consentidas o libres para las cautivas. En segundo lugar, como Alejandro se hace cargo de su educación y formación, y los considera hombres libres (y no esclavos), sabemos el alcance del número y por él podemos calcular (con un alto margen de error, claro está) el número de nacimientos (o al menos, la percepción posible de las fuentes con respecto a ello).³⁸ A partir de él podemos simplemente apreciar el alcance (que no el número, pese a que un dato numérico no recogería en modo alguno la gravedad y virulencia implícita de cada una de estas violaciones) de la violencia sexual provocada por los macedonios en Asia.

El silencio sobre este numerosísimo conjunto de personas, estas mujeres cautivas, en las fuentes es flagrante, pero sobre todo limitante, pues imposibilita seguir su rastro.

³⁷ D.S. 17.108.4; Heckel, *Who's who in the age of Alexander*, 129-131.

³⁸ Teniendo en cuenta que es bien sabido que en las sociedades premodernas la mitad de los bebés morían a consecuencias del parto, y de los que sobrevivían sólo la mitad vivían más allá del primer año, lo que nos da una cifra aproximada de 40 000 embarazos. Pero nuestra fuente sólo habla de bebés de sexo masculino. Si doblamos la cifra, por hacerlo fácil, estamos ante unos 80 000 embarazos entre las cautivas. Me pregunto qué habría sido de las hijas de estos embarazos: si los hombres fueron liberados y educados en las armas macedonias, parece que las mujeres no lo fueron; quizás siguieron siendo esclavas, y quizás (probablemente) fueron víctimas de trata de blancas. Las fuentes una vez más no consideran estos seres humanos como dignos de atención.

Me pregunto hasta qué punto la existencia de este contingente en relación con el ejército³⁹ tuvo que ver con el trabajo sexual y la prostitución. Son pocas las informaciones que tenemos en este sentido para la campaña;⁴⁰ pero hay algunos personajes, como la famosísima Taíde,⁴¹ que nos permiten observar la existencia de prostitución alrededor de los oficiales y aristócratas y, por tanto, cabe suponer que los soldados también tuviesen acceso a estos servicios con otras mujeres. En este caso, contamos por suerte con la historia del personaje de Antígona,⁴² una mujer capturada que acaba convertida en la supuesta amante de Filotas,⁴³ que tuvo un gran protagonismo durante el juicio contra este. Parece evidente que, al ser capturada, fue esclavizada y acabó ejerciendo trabajo sexual en el entorno de élite de la corte itinerante de Alejandro, pues, por algún motivo,⁴⁴ fue elegida para el círculo de los oficiales de alto rango y la aristocracia.⁴⁵ Si bien el caso podría ser aislado, es muy probable que muchas mujeres compartiesen este destino. Otras, en cambio, habrían sido destinadas a todo tipo de trabajos, incluyendo las curas y los cuidados, pero no solamente estos, y tal vez fueron también empleadas en trabajos de cualquier índole. Finalmente, algunas esclavas (muchas de ellas, de hecho)

³⁹ Inicialmente la menos, aunque a buen seguro posteriormente estas mujeres, si eran vendidas en los mercados de esclavos del Mediterráneo oriental, debieron llegar a buena parte de los rincones del mundo griego, y quizás mediterráneo en general, en calidad de mercancías y mano de obra dependiente.

⁴⁰ Sobre esta cuestión, véase Clàudia Zaragoza, «Prostitución y conquista: Las cortesanas en el ejército de Alejandro», en *Placer y dolor: Las mujeres en la Antigüedad*, ed. Borja Antela-Bernárdez, Clàudia Zaragoza y Ariadna Guimerà (Ediciones de la Universidad de Alcalá, 2017), 93-108.

⁴¹ Heckel, *Who's who in the age of Alexander*, 262-263. Aunque se le atribuye como origen Atenas, quizás valdría la pena poner este patronímico en duda. Por la prosopografía conocemos el nombre de un buen número de prostitutas provenientes de Grecia: Heckel, s. v. Callixeina, Glycera, Pythionice, Pancaste, Thaïs... A estas podríamos añadir el famoso caso de Neera, aunque realmente creo que bajo el ataque de Demóstenes contra ella hay en realidad una intención política antimacedonia. Esto pone de manifiesto que la épica bonanza económica atribuida a la conquista de Asia en los autores panhelénicos (Antela-Bernárdez, «Hegemonía y panhelenismo»), como solución a la grave crisis y la importante polarización de la distancia entre ricos y pobres a lo largo del siglo IV a.C., fue en realidad una falacia, y la riqueza puesta en circulación por el botín obtenido en Asia significó un gravísimo aumento de la inflación en todo el mundo griego que perjudicó aún más a las clases bajas helénicas. Borja Antela-Bernárdez, «The hungry years: Athenian supply and the impact of Alexander's conquest over Greece», en *The impact of Alexander's conquest: subjects, conquered and chroniclers*, ed. Marc Mendoza y Borja Antela-Bernárdez (Ediciones de la Universidad de Alcalá, 2022), 65-74. Ello, sin duda, debió condicionar a muchas mujeres a buscar en el trabajo sexual una forma de supervivencia. Por otra parte, hemos planteado anteriormente que uno de los mecanismos de redistribución de la exuberante riqueza (material e inmaterial) obtenida por la conquista macedonia era de hecho el banquete, donde el rey repartía regalos a aristócratas, oficiales y soldados destacados, así como a personajes de índole diversa. El papel de las mujeres cautivas (como ejemplifica perfectamente el caso de Antígona, la esclava de Filotas) en estos banquetes, o de las bailarinas, resulta revelador sobre las dinámicas de violencia y género, así como de jerarquías (y sumisión) entre conquistadores y conquistadas. Clàudia Zaragoza y Borja Antela-Bernárdez, «El simposio de Alejandro», *L'Antiquité classique* 87 (2018): 109-136.

⁴² Heckel, *Who's who in the age of Alexander*, 32.

⁴³ Heckel, 216-219 s. v. Philotas [4].

⁴⁴ ¿Su belleza?, ¿su carácter?, ¿quizás tenía formación o había recibido estudios de algún tipo? No lo sabemos, y los investigadores la han considerado tradicionalmente como de «origen humilde», a raíz del testimonio de Plut. *Mor.* 339e.

⁴⁵ Al menos durante una fase de la conquista, pues nada sabemos de ella más allá de su confesión contra Filotas.

fueron parte del botín individual de los soldados, lo que significó sumisión y servicio, incluyendo el ámbito sexual.

Sabemos asimismo que, al menos para la aristocracia y los oficiales de alto rango, Alejandro organizó unas suntuosas bodas colectivas en las que macedonios desposaban a mujeres de Asia. A pesar de que algunos autores, en una demostración de absoluta y desmesurada ingenuidad deliberada,⁴⁶ han defendido este episodio como una prueba del proyecto de Alejandro de equiparar las poblaciones de Europa y Asia, e incluso de un deseo filantrópico de unificar a toda la humanidad, lo cierto es que no hubo asiáticos desposando mujeres macedonias, por lo que la verticalidad y jerarquía expresada en esta acción es clara. A la muerte del conquistador, los Diádocos (salvando Seleuco) rechazaron estas mujeres, lo que nos sirve de indicador sobre el desprecio con que los conquistadores percibían a las conquistadas y los conquistados. Estos datos, pese a su fragilidad, ayudan a recomponer una realidad de extrema dureza para las conquistadas, una población civil que sufre el horror de ser testigo de las masacres de sus poblaciones, incluyendo familia y vínculos afectivos, para convertirse en esclavas y víctimas sexuales despreciadas.

La historia es un territorio en disputa, como lo ha sido también el cuerpo de las mujeres. Ante los muchos silencios, y sobre todo ante los eufóricos relatos de victorias y de glorias masculinas, a los pies de nuestras informaciones se extiende una realidad horrible, que ha sido silenciada, y que merece atención para construir realidades críticas, conscientes, y responsables con aquellas y aquellos que restan al margen del discurso.

Declaración de divulgación

El autor no ha declarado ningún conflicto de intereses potencial.

⁴⁶ El ejemplo más significativo a nivel historiográfico no puede ser otro que el de Tarn, a quien por fortuna Ernst Badian respondió con contundencia. Ernst Badian, «Alexander the Great and the unity of mankind», *Historia* 7 (1958), 425-444. Por otra parte, sobre la homofobia de Tarn, véase Marc Mendoza, «Alexander the Straight: Tarn and Alexander's sexuality», en *Historiographical Alexander. Alexander the Great and the historians in the nineteenth and twentieth centuries*, ed. Borja Antela-Bernárdez y Marc Mendoza (Coimbra University Press, 2023), 97-128, que también incluye un apartado sobre Tarn y los matrimonios mixtos.